

EL MERIDIANO

Carlos Sauras

Iqrit

A la vez que los israelíes celebraban los 65 años del nacimiento de su estado, el pueblo palestino conmemoraba el inicio de una etapa desgraciada. Un tercio de la población sufrió el desarraigo y el exilio. Iqrit, un pequeño núcleo de Galilea, es un signo de esperanza por la lucha que mantienen los descendientes de sus 500 pobladores originales, palestinos católicos, a los que el ejército desplazó alegando motivos de seguridad. Todo fue destruido y solo quedaron en pie la iglesia y el cementerio. Los pobladores recurrieron y la propia justicia israelí reconoció su derecho a volver. Los jóvenes descendientes regresan allí, pero el ejército se encarga de desmantelar la pequeña infraestructura y los modestos cultivos con los que intentan dar vida al lugar. Pero no se rinden y están dispuestos a regresar las veces que haga falta.

Se acaba de presentar 'El invierno en pausa', un documental muy elaborado que recoge la situación en la zona, fruto de una misión de Caritas Española en la que pudimos apreciar las duras condiciones sociales y políticas que marcan la vida de buena parte de los habitantes. Condiciones en muchos casos dramáticas, que reflejan un dolor y unas heridas que hacen tan difícil y tan deseable la paz. Es lo que se ve en el campo de refugiados de Aida, con gentes que llevan allí décadas. O en Hebrón, con una política de muros y controles que hace imposible una vida normal. Todo se complica con esos 728 kilómetros de muro que protegen los asentamientos que Israel ha construido en tierras palestinas; o con los 22 controles policiales, que suponen unas restricciones asombrosas.

Esas gentes necesitan el apoyo social y político, la solidaridad de pueblos y organizaciones y una dosis de esperanza. La Iglesia católica, los franciscanos y religiosos y los cristianos palestinos trabajan en clave de paz y de esperanza, desde la fuerza de estar en la tierra de Jesús. Su compromiso es dar vida a través de múltiples iniciativas sociales, en un contexto de pobreza y de paro. Admirable es la labor de promoción social, educativa y sanitaria de la Iglesia católica, un servicio abierto a todo tipo de personas, mayoritariamente no cristianas ya que los cristianos son una minoría. Siguen así los pasos de Jesús, en la tierra que habitó.

¿Lencat o lapao?

IMAGINEMOS que Cuba o Venezuela decidieran llamar a la lengua que hablan cubano o venezolano. Como españoles podríamos avanzar razones filológicas en contra. También, si viviéramos anclados en el victimismo nacionalista, podríamos aprobar una resolución parlamentaria instando a esos gobiernos a rectificar por ser su decisión «un atentado político a la unidad de la lengua» y «una agresión intolerable». Pero como el sentido del ridículo nos impide adoptar este tipo de posturas, y dado lo inútil de usar la ciencia para dirimir cuestiones de sentimiento, lo más inteligente sería acoger educadamente la decisión. No deja de ser llamativo que, a pesar de la demagogia indigenista y a veces antiespañola de los políticos populistas de estos países, ninguno haya renunciado a la denominación de la lengua común. Es, sin duda, el resultado de una política histórica de no injerencia y respeto por parte de España.

Es una situación que contrasta con la de la lengua catalana. Desde el arnés, pasando por el valenciano, mallorquín, menorquín e ibicenco, los vecinos que comparten idioma en mayor o menor grado son reticentes a que su variante, por poco diferenciada que esta sea, pierda su nombre en favor del catalán. Ahora, al grupo se han unido el aragonés oriental y el pirenaico, causando gran revuelo en los medios nacionalistas que han tocado a rebato. Una reacción fuera de lugar. El nacionalismo va recogiendo los dudosos réditos de su política prepotente de injerencia en casa ajena con eso de los 'Països Catalans'. Un desencuentro con los vecinos que, en el caso aragonés, se agudiza al pretender quedarse con los bienes de las parroquias del Aragón oriental.

LA TRIBUNA

La ley de lenguas aragonesa ha provocado una injustificada reacción en el nacionalismo catalán.

Por Miguel Ángel Hidalgo Arribas



Todo un motivo de reflexión que no parecen haber tenido en cuenta, a tenor de la reacción de los medios oficiales nacionalistas. Primero, entrometiéndose al presentar en el Parlamento una resolución en contra de una decisión de otra comunidad autónoma, algo poco procedente y, además, nada consecuente con su intención de querer ser independientes. En segundo lugar, intentando ridiculizar la denominación de aragonés oriental con la chistosa utilización del acrónimo 'lapao'. ¿Qué dirían si, utilizando la misma ironía, denomináramos en el resto de España 'lencat' a la lengua catalana?

Cuando prevalece la sinrazón

LA TRIBUNA

Por José Luis Aliaga Jiménez, profesor del Departamento de Lingüística General e Hispánica de la Universidad de Zaragoza

EL discurso sobre las lenguas, en sus aspectos simbólicos e identitarios, se impregna con facilidad de pasiones que nublan la capacidad de raciocinio. Buena muestra de ello es la nueva ley de lenguas impulsada por el PP y secundada por el PAR. Me pregunto por los asesores ¿científicos? de esta ley (si los hay). La transparencia de la actividad política también debería consistir en esto, en identificar a los autores intelectuales de las disposiciones legales. Como es bien sabido, la nueva norma se articula en torno a un solo eje: la oposición, contra toda evidencia científica, a reconocer las hablas orientales de Aragón como parte integrante de la lengua catalana. Para alcanzar su propósito, el legislador renuncia a nombrar el objeto que regula y alude a él mediante circunloquios imposibles que han sido un blanco fácil para la sátira.

Toda planificación que pretenda revitalizar una lengua minorizada y recluida en lo privado debe plantearse la forma bajo la cual dicha lengua puede llegar a funcionar en contextos públicos y formales (educación, medios de comunicación, etc.). Ello requiere, entre otras iniciativas, el desarrollo y la promoción de un modelo de lengua estándar supradialectal que sirva como lugar de encuentro para los hablantes de las distintas va-

rietas (o bien la selección de una de ellas para esa función). Este proceso conlleva una cierta nivelación de variantes (no otra cosa ocurre en castellano), pero, al mismo tiempo, es la garantía de conservación de las hablas populares, que pueden contrastarse con un modelo de referencia, verse reconocidas en él mediante la alfabetización y dialogar en la tensión entre lo culto y lo popular. Por desdichado, hay planificaciones de este tipo que no alcanzan el resultado deseado. En cambio, el camino elegido por la nueva ley, que prevé tantos estándares como variedades locales identificables, no cuenta con ningún

precedente exitoso. En esas condiciones, la lengua de referencia seguirá siendo el castellano culto que, en definitiva, es lo que se persigue. Porque, en esencia, lo que el PP-PAR está diciendo es que las lenguas propias de Aragón no deben salir del terreno de lo privado. Y para eso no hacía falta ninguna ley. Rechazan el estándar del catalán por exógeno y el del aragonés por artificial. Si la primera objeción respondiera a una postura lingüística fundada y coherente (y no a una mera opción ideológica), impugnarían también en Aragón el modelo de lengua auspiciado por la RAE y centrado en la variedad castellana de la lengua.

En el caso del aragonés, no ha cuajado un estándar moderno porque, entre otras cosas, requeriría un apoyo institucional del que nunca ha disfrutado. En todo caso, rehusar un modelo estándar por artificioso es tan absurdo como oponerse a que la nieve sea blanca. Ningún estándar es la lengua materna de nadie (por ello, entre otros motivos, las asignaturas de lengua castellana acumulan altos índices de fracaso escolar). Es otro su papel en el entramado dialectal de una lengua. Debatir sobre todo esto exige predisposición al intercambio racional de argumentos. Y, al parecer, para algunos es mucho pedir.

DÍA A DÍA

Federico Contín

Lengua y poder

EN su obra '1984', George Orwell anticipaba la aparición de la 'neolengua' y su uso por el estado para dominar los impulsos de la sociedad. En esta ficción, si eliminabas el significado de la palabra libertad, el individuo dejaba de necesitarla. Y cambiando las palabras peligrosas por eufemismos, los peligros desaparecían. Esta teoría define la preocupación del novelista británico por la concreción del lenguaje en su otra faceta profesional, el periodismo. Recientemente una periodista, Letizia Ortiz, alertaba sobre la utilización intencionada del lenguaje en tiempos de crisis. Quizá el peso de la corona le resulta más liviano que el de la cámara, cuando su jefe de informativos convertía los sindicatos en acrónimos; o tal vez ver la profesión desde la barrera le ha descubierto una imagen global más alarmante sobre la que es necesaria una reflexión. La politización del lenguaje llega a extremos como los descritos por Orwell. Palabras prohibidas y eufemismos forman parte del lenguaje corriente. Los anglicismos se han convertido en el 'bread' nuestro de cada día. Como si decir 'bullying' fuera a hacer menos horroroso el maltrato sufrido por un niño, o usar 'mobbing' aliviara el acoso de un profesional a manos de sus compañeros. La última moda es llamar 'escrache' a lo que es burdamente acoso y coacción a un representante elegido democráticamente, como si el eufemismo convirtiera en comprensible el delito. Siempre queda mejor decir que los ciudadanos hacen escrache, que describir cómo acosan en su casa a un político y a sus familiares. Vivimos en una época en la que el dominio de la lengua y el lenguaje se han convertido en cotidianos, y no nos llaman la atención palabras como 'daño colateral' para hablar de civiles inocentes muertos o 'ajustes' para describir recortes. Lejos quedan los tiempos en que se hacía mofa cuando la crisis era un 'escenario de crecimiento debilitado' o un 'difícil momento coyuntural'. La invasión de la neolengua ha convertido en premonitory una frase de su creador, Orwell: «En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario». Lo malo de la verdad es que pierde su significado al mismo ritmo que las palabras con que se dice, esperemos que nunca sea demasiado tarde.